

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## BALADAS DEL RHIN.

— — —  
El emperador Max sobre el  
MARTINSWAND (1).

¡Subamos, subamos aun! ¡Corramos, volemós!—¡Cuán puro es el aire, allá arriba! ¡Cómo brilla el sol!—La gamuza tan solo puede trepar hasta allí, solo el águila pone tan alto su nido;—el tumulto de los hombres se oye confusamente á nuestros piés.—y el trueno estalla abajo en las profundidades.—En estos lugares es

donde se comprende la propia majestad,—elevado sobre un trono grandioso de absoluta dominacion.—¡Adelante! á lo largo de los senderos escarpados. — ¡Hé ahí el grito de la gamuza!—Vé, toma la delantera, apresúrate;—el cazador te seguirá y se lanzará tras de tí hácia el cielo.

«¡El abismo puede abrirse, negro como la tumba;—arriba en lo mas alto, al fin de la carrera!—¿Quién hay que pueda seguirme? ¡Hé aquí un salto digno de un emperador!—¡Trepá gamuza por esa muralla de rocas!—Hasta las crestas aéreas que se confunden con las nubes;—yo te seguiré en tu carrera desesperada.—Subamos siempre sin vacilacion y sin temor!—Este es el momento; no haya descanso! ¡Me aferro á la maleza!—Si la planta me hace traicion, desprendiéndose de la

(1) Maximiliano I, emperador de Alemania. (1459-1519). El Martinswand es una montaña, situada á dos leguas de Inspruck, que se eleva perpendicularmente por encima del Inn hasta la altura de 500 metros. Esta balada reproduce una tradicion que se conserva en el Tyrol, donde es todavía popular la memoria del emperador Maximiliano. El accidente de caza, á que se refiere debió sucederle el año 1498, el mismo en que subió al trono.

pedra,—la roca sabrá detenerme en mi caída.»

La piedra cede, el emperador resbala y cae dos toesas mas abajo;—y una especie de inquietud se apodera del audaz Max.—La roca presenta una lijera salida;—es una buena fortuna, cree él..... Dios venga en su auxilio!—Sus rodillas se han doblado, pero se sostiene—y se levanta vacilando. Mira á su alrededor:—nó, no hay salto ni esfuerzo que pueda servir.—Bajo sus plantas desciende verticalmente el Martinswand;—la roca mas elevada de toda la comarca.

Sus miradas se pierden en el abismo velado por la niebla,—se pierden sobre su cabeza en un mar de bruma;—busca tras de sí, busca á su alrededor;—y no descubre el menor saliente en que apoyarse,—ni un arbusto á cuyas ramas pueda asirse para trepar.—La roca presenta una escavacion impenetrable y se eleva en arco—á sus espaldas, como una cúpula inmensa.—«¡Oh! á donde me ha traído la gamuza?—exclama el emperador, con sordo acento:—ningun sendero baja de aqui hácia el mundo de los vivos.»

Lo que el buscaba ha llegado.—Allí, donde el aire es tan puro, y brilla el sol con todo su esplendor.—donde solo sube la gamuza,

y anida solitaria el águila,—desde donde se oye, como un rumor confuso, el tumulto de los hombres—y se escucha el fragor de la tempestad que estalla bajo los piés en las profundidades;—allí se encuentra la majestad del emperador.—¡Mas cuán poco satisfecha parece de su elevación!—Criatura perdida sobre aquel trono aéreo.—Max se siente de pronto bien pequeño,—y se extremece á la idea de su aislamiento y de su abandono.

En el fondo del valle se hallaba un pastor:—vé moverse sobre la cornisa alguna cosa,—bajarse, levantarse y agitarse gritando.—«¡Pardiez! es una forma humana!—¿Por qué artificio diabólico ha podido ser llevado hasta allá arriba?»—Llama y hace señas á los otros pastores para que se acerquen.—Todos contemplan aquella maravilla con espanto.—No se oye entre ellos mas que una voz: «¿Dios sea con él?—Quien está allá arriba se encuentra en gran peligro—y no podrá evitar seguramente, morir de hambre.»

Un peloton de cazadores, montados sobre rápidos caballos,—llega en esto corriendo al valle,—donde la curiosidad habia reunido ya á muchos.—Uno de ellos pregunta al pastor mas próximo;

—«¿Ha pasado por aquí el emperador?—Escaló aquella cresta y, cazando, lo hemos perdido de vista.»—El pastor asustado levanta los ojos hácia la cornisa—y, señalándole á los cazadores, dice:—«Entonces vedle arriba! ¡Qué Dios tenga piedad de él!»—El cazador inquieto levanta á su vez los ojos hácia la cornisa—y tomando á seguida su vocina,—grita con toda la fuerza de que es capaz un pecho humano:—«Señor, arrojad una piedra aquí abajo.»—La muchedumbre de los espectadores se apróxima entonces—y reina entre ellos de pronto un silencio sepulcral....—La piedra cae verticalmente delante de ellos—en el punto en que tiene su morada el pastor:—el techo de su cabaña se hunde con estrépito.

— Los lamentos del pueblo se oyen por todas partes,—hasta una milla de allí,—repetidos por los ecos de los alrededores.—Sus gritos de desesperacion suben hasta el emperador.—Trata de ver, presta oído atento:....—«¿Que es lo que se agita allá abajo? ¿Que rumor es el que hasta mi llega?»—Mira, escucha: el ruido y el movimiento continúa.—Hasta la mitad del día el noble príncipe—espera sin quejarse ni murmurar.

Entonces el sol ardiente hiere

la pared de roca—con sus rayos inflamados;—y la intensidad del calor se hace insoportable.—Fatigado por su carrera tras de la gamuza; atormentado por la sed, debilitado por el hambre.—Max se siente rendido, anonadado....—¿Qué habría de extraño en que al fin le faltaran las fuerzas?—El no desea mas que una cosa: asegurarse,—antes de perder el conocimiento,—si puede esperar todavía auxilio de los hombres.

De pronto le ocurre una idea, y se pone á la obra.—Escribe con un estilete sobre pergamino,—la pregunta que dirige al pueblo, ata cuidadosamente—su carta, con un cordon de oro,—alrededor de un grueso trozo de mármol,—y lo deja caer en el abismo abierto á sus piés....—Luego escucha.... ningun sonido anuncia la respuesta...—¡Ah, Señor Dios! Es tan amado—por su pueblo, que no hay uno solo—que quiera ser mensajero de la muerte del príncipe....

El emperador, lleno de inquietud, espera la respuesta;—envia una tercera, despues una cuarta piedra,—pero siempre en vano.—En fin el sol se oculta bajo el horizonte,—y el príncipe suspira diciendo con voz apagada:—Si les fuera posible socorrerme de algun modo, me lo habrían gri-

tado:—estoy condenado á esperar aquí una muerte inevitable. —Su alma se eleva entonces hácia Dios,—el Espíritu Santo ilumina su corazón—y lo arranca muy pronto á las cosas de la tierra.

Oívida el mundo para no ocuparse mas que de la eternidad.—Toma en sus manos una nueva tablilla,—y escribe con ardor.... A falta de otra cosa,—la ata á una piedra con el collar del Toison de oro.—¿Qué vale este, para él, estando su muerte tan próxima?—Desde su tumba perdida en el espacio—arroja la piedra entre los vivos.—Un dolor amargo oprime el pecho de cuantos oyen la nueva súplica del emperador:—el que la lee llora; los que la escuchan lloran.

El lector dice en alta voz: «Hé aquí lo que contiene la carta!—Gracias mil, Tirol, por tu amor—que me ha sido fiel en todas mis desgracias.—Pero yo he tentado á Dios por mi audacia,—y debo darle ahora, en castigo, mi sangre y mi vida.—De parte de los hombres no hay para mi salvación.—¡Cúmplase la voluntad de Dios! Justos son los juicios del Señor.—Sufriré la pena con paciencia y valor.—Una sola cosa podéis hacer para aliviar mi corazón,—y, al morir, os bendiciré mi reconocimiento.

«Que parta inmediatamente hácia Zierlein—alguno, en busca del Santísimo Sacramento:—hé aquí lo que mi alma desea con ansia.—Y cuando el sacerdote llegue á las márgenes del río,—que los cazadores me avisen con sus disparos.—Y cuando deba recibir la absolución,—que otra descarga me lo anuncie.—Rogad también conmigo, yo os lo suplico,—á Aquel que nos socorre en todas nuestras miserias,—para que me dé la fuerza de soportar esta muerte por hambre.»

El mensajero vuela: el sacerdote llega presto anhelante;—védele ya en la orilla del río;—los disparos de los cazadores lo anuncian enseguida al emperador.—Este mira y distingue la custodia,—cuya aureola de piedras preciosas brilla radiante.—Cae de rodillas,—con el corazón contrito y el espíritu lleno de fé.—La naturaleza, sublevada al principio, canta y se eleva,—libre, sostenida por rápidas alas,—hasta la fuente sagrada del amor eterno.

¡Ah! ¡qué confianza hay en su ardiente plegaria! — «¡Oh Dios, Padre Todopoderoso, que reinas en los cielos,—y tú, Hijo de Dios, amor engendrado por el amor,—y tú Espíritu Santo, Dios como ellos—y lazo que los unes, nues-

tró guía hácia la salvacion;—oh Dios, los testimonios de tu bondad—son proclamados muy alto por la naturaleza entera!—Haz que pueda luego anegarse en la fuente de la vida—mi alma abrazada de amor.

«Indigno, Señor, como soy, desearía—recibir el pan celestial antes de morir!—Baja tus ojos hácia mí en tu misericordia!— ¡Oh Cristo, caridad suprema! acompáñame, —llévame á la asamblea de los elegidos,—que tu amor enciende con sus ardores,—y une con Dios y el mundo. —Y si no merezco por mí ser oído,—que tus labios pronuncien una sola palabra—y tu siervo será curado.

Su oracion es un éxtasis de amor.—Una segunda descarga le advierte que vá á recibir la absolucion postrera.—El príncipe se prosterna inmediatamente—sobre la roca, golpeando su pecho con las manos.—Y el cazador con su vocina sonora,—le repite las palabras del sacerdote: —«Que Dios te bendiga en tu agonía,—el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, cuyas alabanzas cantan el cielo y la tierra eternamente.»

Y cuantos se hallan en el valle caen de rodillas,—é imploran en alta voz la salvacion del prínci-

pe.—El emperador se conmueve al oír los piadosos acentos—que el eco lleva hasta sus oídos;—él también permanece postrado y ora,—pidiendo á Dios la felicidad de su pueblo.—Muy pronto ilumina la luna el horizonte,—y, sobre el fondo azul oscuro del firmamento—se encienden millares de estrellas centelleantes.

El esplendor del cielo despier-ta en él, mas ferviente,—el deseo de la pátria celestial;—todos los lazos que lo retenían sobre la tierra se rompen.—Allí, donde resuenan en la alegría las arpas de los serafines,—donde cantan los coros dichosos de los bienaventurados,—donde calla el dolor y se apaga la sed ardiente de luz eterna y de eterno amor;—allí se lanza su alma,—y con las manos elevadas al cielo,—espera el momento de su libertad y la terminacion de sus miserias.

De pronto, un jóven paisano, ligero, gracioso,—que lo deslumbra como el relámpago, se presenta delante de él,—y lo saluda con una voz de un timbre melodioso:—«Señor Max, todavía tenéis tiempo para morir.—Seguidme presto: el camino es largo.» —El emperador, fascinado por aquella aparicion,—no puede dar crédito á sus ojos ni á sus oídos,—Y mientras mira atónito, un

ligero estremecimiento lo agita; —porque alrededor del jóven misterioso brilla—una suave claridad, que no tiene igual en la tierra.

Pero el emperador se repone prontamente—y pregunta al jóven: «¿Quién eres tú?... Habla.» «Un mensajero enviado para salvarte.»

«¿Quién te ha guiado hasta esta roca?»—«Yo conozco la montaña y todos sus senderos.»—«Así, es el Cielo el que te ha enviado á mí?»—«El ha visto tu corazón arrepentido.»—Después se vuelve, da un paso hácia la escavacion—y penetra sin trabajo en una hendidura de la pared,—que habia escapado hasta entonces á sus miradas.

El emperador se inclina y penetra á su vez en la hendidura; —el jóven luminoso lo precede saltando.—El sendero se hunde en un corredor abrupto,—cuyas paredes brillan con reflejos metálicos;—sobre los abismos ondean vapores luminosos;—en la bóveda resuena el ruido de sus pasos,—mientras á lo lejos se oye como un trueno la cascada del torrente.—Ellos bajan todavía, bajan siempre....—Súbitamente el jóven se desliza por una quebrada,—la luz se extingue.... Buscando inquieto entonces con

sus manos,—halla Max una salida;—respira, ha visto la claridad de las estrellas.—Vá al encuentro del jóven y no lo halla.—Un temblor se apodera de él: no se habia engañado;—era un ángel quien le sirviera de guía.—Ahora reconoce el valle de Zierlein, y oye el confuso rumor producido por la multitud.—Avanza con paso vacilante,—deteniéndose muchas veces, agobiado por la fatiga.—En fin llega al rio cuyas aguas ha visto brillar de lejos.

Aun otro descanso... pero que alegría le causa—ver, á la luz de las antorchas, al sacerdote,—infatigable, siempre de pié, con la custodia en sus manos,—y á la piadosa multitud de rodillas siempre,—murmurando por él fervientes súplicas!—Sus ojos se llenan de lágrimas, su corazón late con violencia,—agitado por mil sentimientos diversos,—se aproxima rápidamente y grita con todas sus fuerzas:—«¡Alabad al Señor Todopoderoso!—¡Uno de sus ángeles me ha vuelto entre vosotros!»

Collin.

### El pozo de los empicados.

#### II.

#### LA VUELTA Á LA VIDA.

Tres días después al amanecer, dies-

perió la ciudad de Mesina alborotada: sucedía un milagro.

Tres hombres se dirigían á la población por la parte del Puerto, atravesando el mar que le separa de las costas de Calabria.

Eran tres humildes frailes (pero qué maravilla! el buque que los traía era una pobre y raída capa de estameña y el pueblo entero miraba desde sus murallas y de lo alto de sus torres aquel nunca visto prodigio.

¡Es Francisco de Paula! gritó una voz en dialecto calabrés, ¡es el santo de mi patria! y Mesina acudió al puerto, y mil brazos recibieron al varón justo y á sus dos compañeros, interin el siervo de Dios cubría su hábito pardo con su capa mojada que le sirviera de buque.

¡E viva el santol ¡E viva! gritaban locos de alegría, los mesineses, y todos á porfía querían besar su hábito, su cordon y sus rosarios, y le decían con cariño:

—Quédese con nosotros su reverencia, pues Sicilia le ama tanto ó mas que Calabria su patria.

—Carísimos, dijo el buen religioso, no puedo; debo ir á Milayo en donde me manda Monseñor Pino, Arzobispo de Cosenza, y os ruego no lo tomeis á mal. Acompañado de mucha parte del pueblo que le vitoreaba, se dirigió á pie apoyado en su báculo y acompañado de Fray Pablo de Paterno y Fray Juan de San Lucido, que eran los que con él habían atravesado el mar, hácia la pequeña ciudad, término de su viaje.

El viento de la mañana con su brisa les trajo en lugar del perfume de los bosques y de las flores un olor nauseabundo

y pestilente como el que se percibe en los cementerios, y una bandada de negros cuervos que se cernían por el aire, hacían oír sus roncós gritos.

—¡Dios nos asistal exclamó uno de los religiosos, estamos junto al pozo de los empicados. Así era.

El pozo de los empicados era lo que en París, en Montfaucon y en nuestra Barcelona el *Carner*.

Alli por medio de garfios se colgaban los cadáveres de los ajusticiados y se dejaban insepultos hasta que los cuervos, comiendo sus carnes, dejaban desnudos los huesos. Cuando los tendones que los unían entre sí quedaban destruidos ó por las aves agoreras ó por los gusanos, se desprendía la osamenta y caía á pedazos al pozo de donde el dia de difuntos se recogían para darles sepultura.

Aquel lugar producía tanto horror como áscó y todo el mundo se apartaba de él.

—«No os acerqueis allí Padre Francisco» dijo un mesinés, porque apesta.

—Hace tres dias que colgaron en el pozo el cadáver de un ladrón, advirtió una mujer del pueblo, y no podeis pensar lo que hiede semejante carroña.

—Has dicho bien, Agalina, contestó otra, y yo haría una hora de rodeo para no pasar por allí.

—Pues yo hermana, replicó el Padre Francisco, voy á ver al infeliz ajusticiado, y aun pediré por caridad que me lo descuelguen.

—No hallareis en toda Mesina ni en Sicilia entera quien tal cosa haga, manifestó un anciano.

—Vos lo hareis por caridad, Fray

Juan de San Lucido, dijo el Santo volviéndose á su jóven compañero, y aun no había concluido el encargo, que ya el buen religioso se subía al pozo y probaba á descolgar el cadáver del ladrón, que estaba hinchado, putrefacto y medio comido por los cuervos.

—Dejad esto en nombre de Dios, Fray Juan, gritaban los mesineses, no turbeis la paz de los muertos.

—Obedezco á mi superior, contestó Fray Juan, mientras que el Padre le decía puesto debajo del cadáver. Soltadle que yo le recibiré. El jóven religioso desató la cuerda, y aquel cuerpo medio podrido, queapestaba, cayó en brazos de Francisco de Paula, el cual le estrechó contra su pecho y le besó con cariño.

—¡Dios mío! gritó una voz que parecía salir de la tumba; bendito sea tu supremo poder.

Los hijos de Mesina dieron un grito de E viva il Santol E viva!

El que hablaba era el muerto. Había vuelto á la vida y solo conservaba en el cuello las señales de la soga que le estrangulaba y en su rostro los picotazos de los cuervos.

El muerto resucitado estaba de rodillas, y el Santo á su lado, con las manos juntas, elevadas aun al cielo, daba, arrojado gracias á Dios.

El numeroso acompañamiento se había puesto de rodillas y los mas se golpeaban el pecho; otros repelían.

—E viva il Santol E viva!

El siervo de Dios levantó al resucitado y le preguntó con cariño.

—¿Vendreis conmigo?

—¡Os debo la vida! exclamó besando el extremo del hábito bendito, haced de mí lo que queráis.

—Sereis uno de mis hijos, dijo el Santo, y os vestiré el hábito que, aunque indigno, visto yo.

—He sido un mal hombre, un facineroso; contestó el ahorcado.

—En el patíbulo pagasteis vuestros crímenes cometidos en este mundo, y Dios os vuelve á él desde el otro para que hagais penitencia.

El resucitado siguió á su salvador á Milayo!

La ciudad entera los aguardaba con su Consejo y todas las personas mas principales.

Jamás emperador alguno ha sido recibido con tanta pompa como el humilde mínimo de Paula.

Al llegar á la ciudad vistió el santo hábito al resucitado y el pueblo de Milayo al saber la maravilla formaba eco al de Mesina.

—E viva il Santol E viva!

*Francisco de Paula Capella.*

